

## Uno

Un día caluroso. Sofocante, húmedo. Para Inglaterra, tórrido, insoportablemente caluroso. Aunque Inglaterra ya no tiene criterios acerca de esas cosas. El calentamiento global, sin duda. Pero se suele decir que uno ya no tiene criterios cuando se hace viejo. La canícula. Cuando los perros ya se lo han llevado todo.

Pensamientos sombríos para una excursión de recreo, o lo que solía ser una excursión de recreo. Durante años hemos podido darnos ese gusto los días de verdadero calor, en casa durante el verano. Enfilamos con el coche la carretera de circunvalación de Oxford, recorreremos dos o tres kilómetros y nos salimos bruscamente del arcén: una maniobra arriesgada cuando hay tráfico rápido. A veces se oyen pitidos y gritos procedentes de los coches a los que hemos obligado a frenar de golpe, mas para entonces ya hemos parado el coche entre la hierba, lo hemos cerrado y nos hemos colado por un agujero del seto.

Recuerdo la primera vez que hicimos aquello, hace casi cuarenta y cinco años. Entonces íbamos en bicicleta y había poco tráfico en la carretera llena de baches. Tampoco sabíamos exactamente dónde estaba el río; imaginábamos que estaría cerca de allí. Y con el ardor de la juventud avanzamos a través de la hierba alta y de las juncias hasta que casi nos caímos al agua. Agachados entre los juncos, nos quitamos la ropa y nos metimos en el río como si fuéramos ratas de agua. Un

martín pescador pasó raudo por delante de nosotros mientras flotábamos en silencio en la corriente oscura y perezosa. Nada más salir del río, mientras nos secábamos con la enagua de Iris, una gran embarcación de recreo pasó resoplando a pocos metros de la orilla. El timonel, con una gorra blanca, miraba atentamente hacia delante. El humo del tabaco se mezclaba con el olor a humedad de los juncos.

Todavía conservo la enagua; la encontré el otro día en el fondo de un cajón, tiesa y con restos de barro. Se ha puesto amarillenta y tiene aún la cinta otrora azul que adornaba el dobladillo. ¿Pudo realmente una mujer de nuestro tiempo, que se convirtió en mi esposa, haber llevado semejante prenda? Parece sacada del ropero de María Antonieta. No se la devolví a Iris después de aquella ocasión, y creo que ella la olvidó por completo.

En cualquier caso, aquel día estábamos muy ocupados. Teníamos una cita para comer a la que no podíamos faltar. Cuando volvimos en bicicleta a Oxford y bajamos por Woodstock Road, teníamos tanto calor como esa misma mañana antes de atravesar la densa maleza y descubrir el río. Chorreando aún sudor y haciendo tímidos esfuerzos por arreglarnos un poco el pelo y la ropa, llamamos al timbre de un apartamento de Belsyre Court. Mientras esperábamos, nos miramos de manera inexpresiva y nos entró a los dos la risa floja.

Nuestro anfitrión, que había estado preparando el almuerzo, tardó un buen rato en abrir la puerta. Era un joven médico llamado Maurice Charlton; tenía los ojos verdes y un brillante expediente académico. Cuando era aún más joven, había sido profesor de clá-

sicas en Hertford College, y estaba considerado como uno de los mejores de la universidad. De hecho era tan bueno que dejó el cargo al cabo de tres años y comenzó a estudiar medicina. En aquel momento dirigía un departamento de investigación en el hospital Radcliffe. Supuestamente estaba enamorado de Iris. Por eso la había invitado a comer. Ella le había dicho que iba a pasar la mañana conmigo –íbamos a ir en bicicleta a ver la iglesia de Cassington– y le preguntó si yo también podía ir a comer.

Se lo tomó como un caballero. Había preparado un almuerzo exquisito. El apartamento no era suyo, sino que pertenecía a un profesor de Balliol –rico y mayor que él– con el que supuestamente, sólo supuestamente, mantenía una ambigua relación. Al parecer podía disponer del apartamento siempre que quisiera, pues su amigo residía la mayor parte del tiempo en el campus, cuando no estaba de viaje por Grecia o Italia.

Hace unos cincuenta años, la vida en la universidad era más disciplinada y formal, pero también más agradable y tranquila. Para nosotros, entonces, aquello no constituía ninguna paradoja. Respetábamos las convenciones públicas casi sin ser conscientes de ellas, compaginándolas con nuestra vida privada. Trabajábamos mucho, al menos Iris; yo era más indolente por naturaleza.

Maurice Charlton probablemente trabajaba mucho más que nosotros dos juntos. Pero estaba completamente relajado, le brillaban los ojos verdes y en cuanto nos vio mostró una deliciosa actitud de connivencia: qué había hecho él, qué habíamos hecho nosotros. Esta sensación íntima, como si estando juntos

pudiéramos convertirnos de un momento a otro en niños traviesos, era realzada por la sombría dignidad del apartamento, que estaba lleno de libros raros, muebles caros, objetos de cristal. Todavía recuerdo las copas de vino –verdes y blancas, con el pie largo– en las que bebimos una considerable cantidad de *Hock* helado. Creo que era el vino blanco de moda en aquella época.

Siento admiración ahora por la manera en que Charlton comprendió que Iris y yo nos traíamos algo entre manos, y cómo no sólo se lo tomó con calma sino que también nos animó en cierto modo a que compartiéramos con él nuestro secreto. Le dijimos que no habíamos estado en la iglesia de Cassington. Hacía demasiado calor. Habíamos vuelto agotados en nuestras bicicletas, y era maravilloso estar allí, en aquel lugar tan fresco, bebiendo vino. Iris se puso en pie de un salto para besar a Maurice, y aquel acto tan espontáneo nos hizo reír a los tres: los dos hombres nos reíamos de Iris y con Iris mientras ella contemplaba encantada el oscuro y un tanto misterioso apartamento, como si fuera Alicia en el País de las Maravillas a punto de iniciar una nueva serie de aventuras.

Mientras comíamos y reíamos –recuerdo la langosta y la deliciosa mayonesa con ajo que nos preparó nuestro anfitrión–, me di cuenta de que el bolsillo de mi pantalón, donde llevaba enrollada la enagua de Iris, estaba completamente empapado. Yo esperaba que el agua no llegase a mojar la silla, que estaba tapizada con algún tipo de tela de damasco. A medida que avanzaba el hilarante almuerzo, parecíamos cada vez más una familia. Bajo el efecto embriagador del *Hock*

veía a Iris como una hermana. Maurice tenía el aire de un hermano, pero también parecía una especie de patriarca, sonriendo benignamente en la cabecera de la mesa.

Maurice Charlton murió joven, de cáncer, creo, hace más de veinte años. Tengo la impresión de que no llegó a casarse, pero puedo estar equivocado. Ciertamente miraba a Iris con sus ojos verdes como si la quisiera muchísimo. Era posible que hubiera pedido prestado el apartamento y que hubiera preparado el almuerzo con una intención concreta, y que mi presencia hubiera desbaratado sus planes para aquella tarde. En ese caso, admiro aún más su comportamiento, viéndolo ahora con tanta distancia. Supo manejar perfectamente lo que podía haberse convertido en una situación frustrante para él.

Menciono el almuerzo con Maurice Charlton, y aquel domingo maravilloso en que Iris y yo nos dimos el primer baño juntos, porque lo recuerdo con gran nitidez, no porque tenga ninguna importancia especial. Aunque había coincidido con Charlton en varias ocasiones, y lo admiraba, aquel almuerzo fue probablemente nuestro único encuentro social. Siguió trabajando en Oxford, pero perdimos el contacto y por eso no sé qué fue de él después, salvo que era un hombre famoso cuando murió. Era típico de mi relación con Iris en aquella época el que yo no supiera casi nada acerca de las otras personas que había en su vida, o lo que significaban para ella. Ello se debía probablemente al egoísmo extático del primer enamoramiento. Para mí era el primero, aunque yo no era precisamente joven. Iris tenía treinta y cuatro años y Maurice